

Narrativas II: Tema 23. Comparación, metáfora y símbolo

Esta es la penúltima lección del curso de Narrativas II. Con ella casi concluimos un año de aprendizaje. Espero que un año fructífero.

Esta lección podría definirse como de lenguaje literario, aunque es casi más de lenguaje poético, porque las tres figuras literarias que veremos "suenan" a poesía, ¿no?

La verdad, como han podido comprobar a lo largo de todo el curso, es que no existe un recurso para la narrativa y otro recurso para la poesía. El lenguaje es lenguaje y un texto escrito narrativamente puede ser un gran poema y viceversa: hay poemas que son meros cuentos cursis, que no tienen calidad literaria por ninguna parte.

Pero no me enredaré con esto. A estas alturas sabemos que una narración es una construcción de lenguaje y que como tal, debemos buscar la mejor manera de transmitir lo que queremos transmitir. Dentro de los recursos que usaremos para ello están la comparación (o símil), la metáfora y el símbolo.

Desde ya quiero señalar que hay muchas lecciones dando vueltas por la red (o por otros centros de escritura creativa) donde se ponen a clasificar los tipos de comparaciones, de metáforas y de símbolos. Lo hacen porque los teóricos los han metodologizado para su estudio. Pero es algo inútil para el escritor. Saber los adjetivos calificativos de estas figuras literarias en nada aporta al narrador. Lo importante es saber cómo se utilizan dentro del texto literario, cómo las podemos utilizar. El resto es erudición y para ello con un libro de retórica clásica bastaría. En cambio es más complicado su uso.

Vamos a ello, por tanto, que es lo más importante.




La comparación o símil

Todos sabemos qué es una comparación: "Cuando Juan se enoja, es como un tigre enjaulado"; "Movía los brazos como si fueran alas"; "La noche cayó como si de pronto un millón de curvos pasara volando y dejara caer todas sus plumas".

Es decir, se trata de señalar que una cosa es como otra, similar a otra, que

se aproxima y, así, la potencia.

La clave en la comparación es que ayude a enlazar dos elementos concretos o un elemento abstracto y otro concreto. En este segundo caso, el elemento abstracto tiene que pertenecer a la narración principal y el concreto, a la comparación propiamente tal.

		
<u>Palabra comparada</u>	<u>nexo "como"</u>	<u>Elemento potenciador</u>
Concreta	nexo	Concreto
Sus brazos se movían	como	si fueran alas
Abstracto	nexo	Concreto
Cuando Juan se enoja es	como	un tigre enjaulado

Otro factor importante, es que la segunda parte de la comparación, es decir, aquello que potencia al elemento perteneciente a la historia, no suele ser una palabra suelta, sino una imagen que potencie con su complejidad lo que se quiere decir. Allí tenemos esa noche que cae "como si un millón de cuervos pasara volando y dejara caer todas sus plumas". No es, por tanto, un elemento accesorio, sino uno que ahonda en el sentido de lo que se quiere transmitir.

Ahora, imaginemos un texto escrito con algunas comparaciones:

Aquella noche se quedó en vela, vigilante, como si fuera una rapaz, preparada para escuchar a su presa a kilómetros de distancia. Después de mojarse la cara con un poco del agua que quedaba en la cantimplora, avivó el fuego: brillaba como un diamante en bruto cortando la noche. Y recogió la tienda, sin prisa, pero sin pausa, con la misma constancia de la abeja en el panal o la hormiga en su madriguera. Sabía que andaba cerca, así que borró sus huellas y se escondió tras una de las rocas de la garganta, como un indio antiguo y sabio. Sabía que pasaría por allí antes del amanecer, pero entonces sus ojos ya se habrían acostumbrado a la noche, como los hombres de ciudad se acostumbraban a sus lujos, y sus manos habrían derrotado el frío, como los salmones derrotaban cada año la corriente del río que los había visto nacer. Entonces sería el momento de la venganza y estaría preparado para ejecutarla sin duda.

Quedan bien, ¿no?... Pues no, quedan mal. Es justo como no se deben usar las comparaciones. Porque aunque es un recurso que queda hermoso, cuando se usa siempre, a cada momento, pierde su eficacia.

Esto sucede porque la comparación se debe usar cuando queramos potenciar algún elemento, no siempre. Es un elemento que logra que al lector "se le vayan los ojos" sobre un determinado hecho, una determinada circunstancia. Por lo mismo, si la usamos siempre, el lector no sabrá distinguir qué es qué dentro de la narración, porque todo no puede ser igual de importante.

Por lo tanto, las comparaciones deben aparecer en los momentos adecuados, de manera delicada, sin avasallar el texto ni la historia, porque -y esto debe quedar clarísimo- lo más importante es la historia. Y llenar un texto de comparación hace dudar de si lo más importante es la historia o el lucimiento del escritor.

Así las cosas, la mejor comparación es la que está no solo al servicio de la diégesis, sino la que también está al servicio del tema. Por lo tanto aparecerá cuando, de alguna manera, además de potenciar la narración, potencie la idea profunda que el autor quiere transmitir a su lector con todo el texto.

De esta forma, toda comparación se transformará en una senda, un camino de indicios temáticos en la ruta de la lectura, que enriquecerá el placer de la lectura misma.

La metáfora

La metáfora es similar a la comparación, pero al contrario de ésta, en vez de comparar, sustituye un término por otro.

Así queda claro en "Las perlas de tu boca". El autor no necesita decir que los dientes son como perlas en la boca de la amada (vaya cursilada, ¿no?), sino que directamente lo señala.

Lo importante es que entre el término sustituido (dientes, en este caso) y el término que lo sustituye (perlas) hay una relación de cercanía, en este caso, dada por la blancura.

Sin esta relación de cercanía entre un término y el otro, no hay metáfora. Esto quiere decir que la metáfora no es caprichosa. Queda claro en el siguiente ejemplo, también clásico, "están cayendo chuzos de punta".

Los *chuzos* son esas barras de metal que llevaban los serenos. Pero en Chile son unas barras de metal que sirven en la construcción, para hacer hoyos en la tierra de una manera más eficaz que con una azada, pues caen rectos y su punta profundiza mucho más que otra herramienta.

Así, están cayendo chuzos de punta nos transmitía inicialmente –cuando aún sabíamos lo que era un chuzo- la “imagen” de un montón de barras de metal cayendo de punta sobre nosotros, una imagen sumamente poética y potente de una lluvia torrencial, capaz de acabar con todo lo que encuentre a su paso.

Aquí la relación de cercanía también la da una cualidad: la fuerza de la lluvia, solo comparable con barras de hierro.

Pero con la metáfora pasa exactamente lo mismo que con la comparación. No podemos estar usándola constantemente. Aunque con ella se añade otro elemento: mientras con la comparación a veces podemos ser un poco erráticos, es decir, hacer una comparación no muy buena, con la metáfora esto es imposible, porque una mala metáfora queda en evidencia de inmediato.

Un ejemplo al respecto: hace ya muchos años atrás leí un libro de Juan Manuel de Prada: *La vida invisible*, ganadora del Premio Primavera de ese año. Había diferentes aspectos de la novela que no me agradaron, pero eran cuestiones más bien ideológicas. Solo hubo dos elementos literarios que eran equívocos. El primero era que la narración sujetaba todo su andamiaje en la casualidad y, como hemos dicho en otras lecciones, una casualidad que articule la narración siempre estará bien, hasta dos, incluso. Tres no se notan tanto. Cuatro comienza a ser agobiante, signo de que el narrador no es capaz de darle verosimilitud a su historia. Cinco ya es un número imposible de sostener. Pues esta novela tenía bastante más que cinco elementos casuales que articulaban la historia. Y además, cada vez que usaba la metáfora, lo hacía como un mal poeta, de esos que no han leído nada de poesía o se han quedado con Amado Nervo y Bécquer: es decir, un texto compensado en su tono, se tornaba sumamente cursi. Y todo, por el mal uso de la metáfora.

Imaginemos ahora un texto narrativo que incorpore metáforas:

Ese lunes al amanecer cayó todo el invierno sobre nosotros. Despertamos con el frío metiéndose como víbora por debajo de las colchas y el vaho jugando a hacer una climatología propia sobre la cúspide de nuestras narices. Cuando nos asomamos a la ventana, comprobamos que ese amanecer todas las lechuzas del ártico habían dejado caer su plumaje sobre la tierra. Solo

quedaban las secas ramas de los árboles, apuntando hacia un cielo plomizo y la esperanza de que en tres meses llegaría un nuevo cambio de piel.

En este texto hay cuatro metáforas y una comparación:

- Al amanecer cayó todo el invierno sobre nosotros. **Metáfora.**

-El vaho [jugaba] a hacer una climatología propia sobre la cúspide de nuestras narices. **Metáfora.**

-Comprobamos que ese amanecer todas las lechuzas del ártico habían dejado caer su plumaje sobre la tierra. **Metáfora.**

-[Quedaba] la esperanza de que en tres meses llegaría un nuevo cambio de piel. **Metáfora.**

-El frío [se metía] como víbora por debajo de las colchas. **Comparación.**

Nos podemos dar cuenta de que son muchas para un texto tan breve, pero no molestan, porque todas giran alrededor del mismo campo semántico: el frío y la llegada de la nieve. Incluso, de la llegada del otoño. Marcan, por tanto, una ambientación dentro del texto. Todo gira en torno a lo mismo, profundiza en un concepto: hay una afinidad temática y semántica. Estos serían recursos bien utilizados, muy diferentes a los del primer ejemplo.

Así las cosas, se trata de elementos que enriquecen y profundizan en lo que queremos decir.

Se recomienda, de todas formas, su uso con cuentagotas, pues todos los males citados de la comparación son compartidos por la metáfora.

El símbolo

Por el contrario, el símbolo no tiene una relación de cercanía con lo que representa. Si en la comparación hay dos elementos, uno perteneciente a la narración y otro ajeno, que se relacionan y potencian, y en la metáfora hay una sustitución por cercanía de un término por otro, donde el término nombrado enriquece al omitido, en el símbolo cualquier relación de cercanía es inexistente.

¿Qué tiene que ver el anillo de *El señor de los anillos* con la maldad? Pues nada. Podría tratarse de una lata de sardinas, que valdría lo mismo. Lo

importante es que se trata de dotar a un objeto con una fuerza, una cualidad o serie de cualidades que, *per se*, no posee. Nada tiene que ver la noche con la muerte, ni un río con la vida: son símbolos que han ido quedando en el inconsciente colectivo.

Ahora bien, un escrito crea sus propios símbolos y los utiliza en una narración siempre y cuando sean necesarios. Por lo general, en un texto, sea novela o cuento, hay un símbolo, porque más sería muy pesado de llevar y podría confundir al lector.

En *Cien años de soledad*, de García Márquez, están los pececitos dorados, que dependiendo del momento de la historia, significan una cosa u otra, pero siempre tienen relación con la pérdida; en *El palacio de los sueños*, de Ismail Kadaré, son los sueños y el control de los mismos los que tienen poder simbólico, pues representan la falta de libertad que existe en las dictaduras y cómo éstas intentan tener todo y a todos bajo su control; en *Seda*, de Baricco, eso, la seda, representa el poder de lo exótico, lo suave, lo seductor, todo lo que es distinto a lo que nos rodea y que, por tanto, ejerce un poder persuasivo hacia nosotros. La ballena blanca, que simboliza la maldad o la venganza justa en *Moby Dick*.

Así las cosas, cualquier elemento puede servir como símbolo: una grapadora, un bolígrafo, una cadena, un vaso de leche, un gorro o una pluma. Nosotros le daremos ese poder mediante las acciones donde hagamos presente el objeto elegido. Pongamos un nuevo ejemplo:

Le había ocurrido por primera vez cuando todavía era un niño, a los cinco años, cuando había muerto su perra. Su padre la había metido en una caja de cartón demasiado grande y la había enterrado en la finca que tenían a las afueras de la ciudad. Cuando se enteró de lo que hacía, corrió, pero no lo encontró. Comenzó a dar vueltas cerca de la caseta donde guardaban el tracto y entonces las vio, como si se tratara de cientos de flores rojas, azules, amarillas que hubiesen nacido de pronto sobre el paraje más desértico de toda la finca. Caminó hacia las mariposas y ellas volaron a su encuentro, rodeándole, haciendo un baile que no solo lo tranquilizó, sino que lo hizo reír. Después, cuando murió su madre y él ya no recordaba a las mariposas, volvieron a aparecer en su tumba, como pequeños alfileres con alas, clavados a la lápida: eran de colores más tenues, delicados, suaves, como ella. Esta vez se posaron en sus hombros, en sus manos y alguna besó sus mejillas con un roce de alas. Lloró y tuvo la certeza de que lloraban con él. Por eso, cinco años después, cuando murió su padre, supo que las volvería a ver, y no se equivocó, pero esta vez eran negras, más que negras, carbones que volaron a su

alrededor. Fue extraño. Si no hubiese sido por ellas, aún hoy seguiría creyendo que su padre había sido un hombre bueno. Pero esa tarde supo que no era así. Y supo que no lo conocía. Y que su maldad, como las mariposas que salieron volando y envolvieron su cabeza hasta que tuvo que espantarlas, lo perseguiría hasta que él, su hijo primogénito, saldara las cuentas pendientes que se había llevado a la tumba y que ahora él tendría que descubrir.

Como vemos, las mariposas no tienen nada que ver ni con la maldad ni con la bondad: son mariposas. Pero hemos escrito un texto donde cobran un poder simbólico: son el reflejo del alma de los muertos y se le aparecen al protagonista cuando alguien cercano ha fallecido.

Este podría ser el comienzo de una historia cualquiera. El simbolismo del texto nos ayudaría a proseguir.

Pero nuevamente el consejo es no abusar del recurso. En *El señor de los anillos* el anillo no aparece a cada página. Es más, aparece más bien poco, pero de manera oportuna. Así debe ser también en nuestros textos.

Es más, podemos hacer girar el texto alrededor de un símbolo, pero no tiene por qué llenar todo el escrito. Hay que ir anotando su presencia poco a poco y poco a poco debe cobrar sentido, hasta que el lector se identifique plenamente con su potencial significativo y ya no necesite ningún indicio, ninguna pista para saber qué simboliza.

Para finalizar

Estos tres recursos se pueden usar juntos, pero con tacto, como lo demuestran los ejemplos escritos especialmente para esta lección.

Todos están al servicio de la trama y del tema: esto es algo de lo que no podemos, no debemos olvidarnos.

Y siempre será mejor no usar alguno de los recursos si no sentimos que aporta algo a nuestro texto... aunque ahora, en este período de ensayo y error que es el curso, tengan la obligación de ejercitarlos.

Ejercicio práctico

Escribe un texto donde haya un símbolo y tantas comparaciones y metáforas como creas que es positivo para la narración y su tema profundo.

Lectura de Estilo

El palacio de los sueños,
de Ismail Kadaré

<http://www.libroesoterico.com/biblioteca/HERMETISMO/Ismail%20Kadare%20El%20Palacio%20de%20los%20suenos.pdf>